

Razones para Disentir

1. Nada hay más aburrido en Canarias que asistir a una conversación entre un pro-nacionalista y un anti-nacionalista. En primer lugar, porque no conversan; tan sólo «versan», y todo lo más en prosa. Cada uno tiende a bufar al otro su discurso estereotipado como si un dispositivo automático saltase al menor estímulo. Desde Radio Burgado a esta misma revista, pasando por cualquier medio de comunicación conocido, podemos encontrar a preclaros políticos y campanudos catedráticos opinando tanto sobre la bondad intrínseca del nacionalismo como sobre su maldad esencial. Dios y el Diablo, el Paraíso y el Infierno reencarnados en las patrias.

Esto ocurre en las Islas y fuera de las Islas, y ocurre hoy como ocurrió ayer y ocurrirá mañana. Lo mismo da que sea en la barra de un bar o en un congreso científico. Así son las buenas gentes de incommovible fe. ¿Qué hacer cuando la cultura política —por ésta y por otras muchas razones— se convierte en un páramo tan reseco y sin vida? Una primera respuesta, aparentemente inteligente y muy corriente, es la de suspender todo juicio y apartarse de semejante cháchara; su manifiesta vacuidad parece justificarlo. Sin embargo, esta postura, presenta, a su vez, un serio problema.

2. ¿Dónde se sitúa quien descrece tanto del sistema de pensamiento pro-nacionalista tout coût como del anti-nacionalista full-time? En la cuestión de las nacionalidades —como en tantas otras cuestiones— meter la cabeza bajo el ala no constituye alternativa alguna para el pensamiento o la acción. Si el punto de vista abstencionista no logra acceder a una posición propia y diferente, y entonces deja de ser abstencionista, tiende finalmente a ceder ante cualquiera de los otros dos enfoques en conflicto.

Quien había decidido apartarse de ellos resulta que termina por caer de bruces ora en uno ora en otro, según el criterio de mayor utilidad y beneficio. La veloz reconversión de los pacifistas europeos en bélicos pro-nacionalistas durante la primera guerra mundial ilustra bien lo primero. La no menos rápida reconversión anti-nacionalista de las burguesías cipayas colonizadas por las metrópolis europeas, lo segundo. La inteligencia abstencionista deviene en acomodo interesado, tan manifiesto como sumiso y estéril. No en vano ese suele ser el destino de todos los enfoques instrumentalistas cuando se enfrentan a uno dogmático.

3. Tenemos así las tres posturas más típicas y tópicas con las que se encuentra cualquier análisis sociológico de las actitudes que los individuos adoptan ante los problemas nacionales, es decir, los dispositivos pro-nacionalista, anti-nacionalista y a-nacionalista, siendo el caso que este último, salvo excepciones, termina por asimilarse a uno de los dos anteriores. Se trata de dispositivos que se asemejan a lo que Jon Elster denomina «mecanismos», es decir, patrones de opinión o conducta que sin llegar a ser leyes sociales permiten explicar la actividad humana más allá de las meras descripciones.

A partir de este punto, ¿qué podemos hacer quienes no comulgamos con ninguno de estos tres dispositivos porque constituyen estrategias argumentativas y realizativas falaces? Como nunca fui muy partidario del lema wittgensteiniano que dice que hay que «arrojar la escalera después de haber subido por ella», lema que fija bien el estilo dogmático que impregna estos dispositivos, creo que lo que procede, dado que la escalera de cada uno de ellos no tiene en realidad fin, es que sigamos subiéndolas. Y ver qué pasa.



4. Porque la postura abstencionista se equivoca precisamente en que hace de la necesidad virtud, de la abstención fraude. Se trata de hacer todo lo contrario, implicarse para alejarse, comprender para superar. Me explico: ganando distancia sobre las lógicas de estos mecanismos de pensamiento y acción se pueden observar cosas realmente sorprendentes, y al final hasta resulta que pro-nacionalismo, anti-nacionalismo y a-nacionalismo quedan rebasados. Lo que estoy sugiriendo es que la actitud que parece preferible es aquella de «ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario», o mejor aún, la de «lo uno y lo otro, es decir, lo contrario».

La premisa inicial para que podamos sobrepasar el estancamiento discursivo sobre lo nacional es la de reconocer lo que ignoramos; sin esta premisa, el pro y anti-nacionalismo reaparecen de matute una y otra vez, y hacen imposible todo diálogo crítico-comprensivo. La confusión preliminar a esclarecer proviene del hecho de que ambos dispositivos se presentan ante nosotros con un antagonismo *en apariencia* a toda prueba. Pero examinados en detalle resulta que lo que comparten es mucho más que lo que les separa. El argumento de mi objeción es, pues, que se trata de dispositivos que refuerzan lo que rechazan, que reproducen lo que enjuician. Creencia dogmática, pretexto de un texto, viven el uno del otro y se necesitan para subsistir.

5. Lo que les separa está bien a la vista: en el caso del pro-nacionalismo, una retórica propia que afirma la nación — el bien supremo— como orden humano primordial al que se ha de subordinar cualquier otra instancia social, empezando por los individuos mismos; en el caso del anti-nacionalismo, una retórica negadora: rechaza que la nación —el mal radical— pueda ser el orden humano primordial. En ambos casos se trata de una misma concepción tradicionalista y sacralizante de lo nacional y del ismo que socialmente lo impulsa, el nacionalismo, que luego será afirmada o negada.

Pese a su contumacia, divinizadora o demonizadora según el caso, ambos dispositivos empiezan a derrumbarse como castillos de naipes en cuanto son sometidos a la prueba reflexiva. La primera pregunta que sus adictos son incapaces de contestar es por qué *cuanto más pro-nacionalista se es, más anti-nacionalista se resulta*, ambas cosas a la vez; y viceversa, *cuanto más anti-nacionalista se es, más pro-nacionalista se resulta*. Pongo un ejemplo nítido para mostrar lo que digo: ¿no resulta anti-españolista por definición todo aquel que se declara pro-catalanista en el sentido apuntado?; ¿no resulta pro-españolista en el mismo sentido y también por definición todo aquel que se declara anti-catalanista? El lector juicioso sabrá acomodar el ejemplo a cualquier otro caso, incluido, si le place, el canario.

6. Mientras los divinizadores de Cataluña hacen lo suyo, demonizar España, sus antagonistas, en este caso los divinizadores de España, hacen lo propio, demonizar Cataluña. Se trata del mismo mecanismo aplicado de forma invertida. En efecto, se refuerza lo que se rechaza, se reproduce lo que se enjuicia: pro y anti-nacionalismo se necesitan para subsistir; su oposición es sólo aparente. Bien lo ha señalado Ernst Gellner: los hombres —dice— se forjan imágenes radicalmente diferen-





tes de la realidad, de las que son portadores colectividades, que ni son estables ni están aisladas; sin embargo, esas visiones rivales, a pesar de que apuntan en direcciones diferentes, son parte de uno y el mismo mundo compartido.

¿Qué les une en su diferencia? El compartir una misma idea esencialista del nacionalismo, explícita en el caso de los unos, e implícita en el de los otros (por seguir con el ejemplo anterior, es fácil comprobar de forma empírica que cuando pro y anti-catalanistas se enfrentan en realidad lo que se produce no es la confrontación entre un pro y un anti-nacionalismo, sino que se constituye la beligerancia entre dos pro-nacionalismos, uno catalanista y otro españolista). Donde en un caso se afirma una nación concreta como hecho primordial, en el otro se se la niega, afirmando implícitamente otra (o se la sustituye por cualquier otra instancia igualmente considerada al modo esencialista: el estado, la religión, la cultura, el yo, etcétera, que viene a hacer las veces de «patria» irrenunciable, tan benigna como acogedora).

7. No conviene dejar atrás la postura del abstencionista; como señalé al principio, pretende soslayar el problema confesándose a-nacionalista (en nuestro ejemplo se declararían no españolista ni catalanista, por extensión de cualquier otro posible referente nacional explícito o implícito). Sin embargo, el a-nacionalista, al igual que el anti-nacionalista, olvida un pequeño detalle: no levita, sino que está —obligadamente— radicado en algún punto del espacio-tiempo, en el que —le guste o no— la forma nacional es la forma básica que adquiere lo social-comunitario en la modernidad; por eso los simulacros residenciales anti-nacionales son ficciones colonizadoras de los mundos de la vida. Aunque reprimido, el nacionalismo inconsciente e inconfesado del abstencionista también termina siempre por salir a la superficie.

En fin, cuando subimos por las escaleras de las tres posturas nacionalistas estándar y ganamos la distancia adecuada para comprenderlas en su simétrica, inversa y cerrada lógica, cuando desarmamos su mecanismo oculto, entonces y sólo entonces descubrimos que las piezas centrales de semejante artilugio están fabricadas del más rancio esencialismo tradicionalista, cuyos rasgos principales no son otros que el maniqueísmo dogmático y la autosuficiencia heteroexcluyente. Cabe, pues, construir un dispositivo realmente alternativo, el meta-nacionalismo-disidente, que sea comprensivo a la vez que crítico («lo uno y lo otro, y lo contrario»), es decir, un nacionalismo reflexivo y no agresor, reconocedor e incluyente, multicultural y democrático.

(1). Pablo Ródenas fue uno de los primeros en ocuparse desde Canarias de la cuestión del nacionalismo, de una manera teórica y crítica. Se cumplen ahora veinte años de la publicación de aquellos primeros artículos suyos con los que contribuyó a llevar esta problemática al seno de la nueva izquierda española. Artículos tales como "Nacionalismo, nación e imperialismo", *El Cárabo*, 5, 1977: 103-134, o "Hacia una teoría del nacionalismo", *El Viejo Topo*, 29, 1979: 9-13. De aquel entonces hasta hoy ha llovido mucho sobre todos nosotros, como el propio P. Ródenas, ahora en calidad de seudónimo, ha venido indicando en artículos y ensayos posteriores. No obstante, CUADERNOS DEL ATENEEO no quería dejar de pasar la ocasión sin señalar estas circunstancias en la biografía intelectual del autor.

